

EUSKÁROS ILUSTRES.

EL INMORTAL CATEDRÁTICO ALABÉS F. FRANCISCO DE VITORIA.

La consideracion del gran número de catedráticos, hijos de la provincia de Alaba, que actualmente figuran en toda clase de enseñanzas, me inspiró el pensamiento de investigar y apuntar los que se habian distinguido en las generaciones pasadas, honrando el buen nombre de nuestra tierra, y entre todos ellos, hube de conceder el lugar preeminent al que por universal fama lo tenia muy bien ganado, al más insigne de los Catedráticos de la Universidad de Salamanca, en la época de su mayor esplendor, enlos dias del Renacimiento, al humilde fraile dominico vitoriano F. Francisco de Vitoria.

Y felizmente, al buscar y rebuscar libros alabeses para mi sección de estudios de Alaba y Vitoria, encontré no há mucho la memorable obra del P. Vitoria, titulada: *Selectiones sacræ theologiae* con la singular suerte, de haber adquirido la edición que hizo Jacobo Boyero en Lyon en 1557, toda anotada en los márgenes por algun estudioso discípulo; y la que por órden de Melchor Cano, de F. Domingo Soto y de Francisco Sanchez publicó admirablemente corregida F. Alonso Muñoz, en Salamanca, en la imprenta de Juan de Cánova en 1565.

El diligente y sencillo Landázuri en sus *Varones ilustres de Alaun*, no da al insigne Vitoria la importancia que se merece, ya que apénas le dedica la mitad de los párrafos y conceptos que á otros muchos, que no alcanzaron ni con mucho, á sus méritos. Porque el valer del catedrático vitoriano fué tan grande, que si se prescinde de D. Pero Lopez de Ayala, de D. Pero Gonzalez de Mendoza, á quienes Lan-

dázuri no cita, de D. Juan Bernal Diaz de Luco y de Juan de Urbina, no hubo en los antiguos tiempos personaje que más sobresaliera por su renombre honrando á Alaba su patria, como el P. Vitoria.

Así lo demuestran las grandes alabanzas que mereció á los más entendidos entre sus contemporáneos, cuyo resumen haré aquí, porque forman una envidiable corona, cuya lectura hará seguramente palpitlar de alegría al corazon de los amantes de las glorias vitorianas.

El escritor y catedrático sevillano Matamoros dice: «era un varon excelente, divino é incomparable; ornamento y esplendor de la órden Dominicana.»

El gran Melchor Cano, discípulo suyo, le cita con frecuencia declarando: «á los lectores, que se dediquen al estudio de sus libros, que deben tener entendido, que si su maestro Vitoria los hubiera escrito, serian muchísimo mejores.» Añade «que hizo tan afamadas á Vitoria y á las academias españolas con su talento é instrucion, y tan apetecibles y queridos estos estudios, que no solo acudian de todas partes á su cátedra, sino que la tomaban como por asalto.»

El doctor aleman Coringio, dijo al estudiar las obras del P. Vitoria: que jamás podia leer sin admirarle aquella manera acertadísima é ingeniosa de tratar los asuntos morales. Y además: «Fué el primero que tuvo especial empeño en explicarlos con tal claridad y perfeccion que deja al lector sorprendido y estupefacto.»

Juan Vasco apunta en su *Hispaniae Cronicæ* «que hacia muchos años que no habia habido en toda España un hombre más docto en toda clase de artes y humanidades» y recuerda que Nicolás Cleonardo aseguraba «que no habia conocido en ningun tiempo nadie que escribiera en latin como Vitoria, cuyas cartas le agradaban extraordinariamente, y que si se hubiera decidido á escribir para el público, hubiera llenado el universo con la fama de su nombre.»

Tambien Marineo Sículo le cita con elogio entre los profesores de su tiempo.

Al consignar estas alabanzas Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana nova*, dice asimismo: «Sin embargo, este hombre tan grande se contentó con abrir á los demás el camino para que llegasen á ser célebres, utilizando el fruto de sus vigilias. Nadie pudo lograr que publicase las lecciones que por espacio de veinte años, en que fué catedrático en Salamanca, dictó en su cátedra, con tanto lucimiento para su nombre y tanta utilidad para sus discípulos. Guardadas las

tuvo siempre en su celda y más adelante sirvieron para llenar los escritos de otros muchos, que se apropiaron de ellas.»

En efecto, el P. Vitoria, tan sábio y tan eminentе, fué muy modesto y no dió á luz ninguno de sus grandes estudios, dejándolos escritos tales cuales á sus discípulos los exponía. Cuando F. Alonso Muñoz publicó su obra *Relectiones*, dice en la dedicatoria al Príncipe D. Carlos Felipe (1564): «¡Qué cosa más digna del entretenimiento de un Príncipe, que la lectura y estudio de esta obra, de tan gran y elocuentísimo filósofo, de tan prudentísimo y consumadísimo teólogo!» «Mucho debe toda España á este eminentе varon, de nombre tan esclarecido, ántes del cual la teología estaba entre los españoles oscurecida, abandonada, embarrada, triste y muda, y el cual la ha restaurado, presentándola en este libro clara, resplandeciente, pura, llena de sencillez, de ornato, de dignidad y de verdad. Testimonio de ello son, no los centenares, sino los miles de discípulos que supo atraer á su catedra.»

El impresor Cánova; dirigiéndose tambien al mismo Príncipe, añade: «Entre aquellos á quienes España debe su florecimiento, el que ha logrado mayor honor es Francisco de Vitoria, el más victorioso y bello de los escritores de su tiempo, al que no debemos méritos que lo que en otro tiempo debieron en Egipto á Mercurio Trímegisto. Si por este hicieron tanto y le colocaron en el número de los dioses, por haber inventado las letras Líbicas ¿cuánto no debemos nosotros al queno sólo en el derecho pontificio y cesáreo, sino en todos los campos de la jurisprudencia, de la teología y de la moral ha realizado tantos progresos?»

Jacobo Boyero al dedicar la primera edición de las *Relectiones* al arzobispo de Sevilla D. Fernando Valdés se estiende en parecidos elogios, afirmando que los textos de Orígenes, S. Jerónimo, S. Agustín y San Ambrosio, estaban al través del tiempo, truncados y confundidos y que nadie, como Francisco de Vitoria *viri nunquam satis digné laudati*, había logrado purificarlos. Compárale á Sócrates en la expresión clarísima de la filosofía y dice que llegó á superarle.

¿Quién era el P. Vitoria? No he podido averiguarlo, por carecer aquí, en este rincón de Castilla, de suficientes elementos, es decir, que no sé cuáles eran el apellido, ni la familia vitoriana de tan eminentе catedrático. Tomó, sin duda, como era costumbre, el apellido de su pueblo al ingresar en la orden de Predicadores, y oscureció con

él, el que en su casa de Vitoria llevaba. En la época en que vivió el P. Vitoria, del 1490 al 1546, eran muy afamadas en la ciudad alabresa las familias de los Lequeitios, Maturanas, Iruñas, Martinez de Alava, Estellas, Paterninas, Insunzas, Galarretas, Salinas, Ayalas, Aguirres, Mendietas, Añastros, Vergaras, Esquíveles, Bermeos, Martinez de Zuazo, Martinez de Salvatierra, Echávarris, Alegrías, Ugaldes, Aranas, Urbinas, Sarriás y otras. ¿Fué alguno de estos ú otro alabés el apellido del dominico insigne? Nadie lo sabe; siendo lo cierto que por muy ilustres que aparecen algunos de los citados, ninguno llegó á sonar tanto como el de Vitoria, el de la patria de todos, el que el P. Francisco hizo suyo al abandonar el mundo y dedicarse al claustro.¹

Nació tan señaladísimo varón en Vitoria, á fines del siglo XV, tal vez cuando no había en la ciudad más cátedra de humanidades que la que estableció Pero Diaz de Uriondo en la desierta sinagoga de la Calle Nueva. Tomó el hábito en el convento de San Pablo de Búrgos, siendo desde sus primeros pasos en el estudio, maravilla de profesores y condiscípulos. Estudió teología en París, y al volver á España fué director de los estudios del Colegio de San Gregorio de Valladolid.

Muerto en Salamanca el antiguo catedrático de teología Pedro de Leon, dominico tambien, fué llamado el P. Vitoria en 1526 á desempeñar su Cátedra, para gloria y explendor de la famosa Universidad. Su espíritu animoso y reformista, dió grandes alas á su gran talento y á su erudicion vastísima. Él implantó la doctrina escolástica «*Vix emergentem et quasi ignotam*» dice Nicolás Antonio, y la hizo brillar y estimar tanto, que bien pronto se extendió por todos los ámbitos de España. Él fué el primero que, saliéndose de la rutina de hablar y hablar largamente en Cátedra, hizo trabajar á sus discípulos, dictándoles las profundas lecciones, que en su celda estudiaba y preparaba, y que producian por este método, tanto provecho á cuantos estudiaban con él. Entre sus discípulos eminentes, ya hemos dicho que se contaron Melchor Cano y Domingo Soto. Copiáronse sus lecciones y se conservaron con grande empeño, porque nadie supo, como él, poner en lenguaje claro, sencillo y comprensible las más difíciles

(1) El apellido Vitoria no se encuentra generalizado hasta más adelante. En 1660 había en Salamanca un notable predicador, F. Baltasar de Vitoria, salmantino, del cual tengo un extenso tratado de *Mitología*.

cuestiones; privilegio exclusivo de los verdaderos talentos. Nunca se decidió á publicar nada segun queda dicho, y al morir creció más y más la fama de su nombre, cuando la prensa empezó á difundir sus obras por el mundo sábio.

El librero salmantino Juan Boyero publicó en 1577 en Lyon la primera edición de sus *Relectiones*. Comprende doce libros en dos tomos, en 8.^o, de 487 páginas el primero, y de 397 el segundo, con un metidísimo índice. Las materias de que tratan son: En el 1.^o: *De potestate ecclesiæ, prior et posterior. —De potestate civili. —De potestate concilii. —De indis prior. —De indis posterior, sive de jure belli. —De matrimonio.* En el 2.^o: *De augmento charitatis. —De temperantia. —De homicidio. —De simonia. —De magia. —De eo ad quod tenetur veniens ad usum rationis.* Al frente de cada libro va una *summa* numerada con la indicacion de las cuestiones que contiene. La edición de Juan Boyero, a pesar de su cuidado, salió muy cuajada de errores, á juzgar por lo que en la misma portada dice F. Alonso de Muñoz al editar la suya en Salamanca, ocho años más tarde... «á prodigiosis innumerabilibus que vitiis, quibus Boyeri, hoc est prima aeditio, plena erat summa cura repurgatae»

Tantos errores y faltas debia tener la edición de Boyero, que el P. Muñoz se atreve á decir en la suya que, al examinar aquella «mirum din modum stomachum mihi movit....» Antes, de la edición del 1557, otros más atrevidos publicaron como suyas muchas ideas y lecciones del P. Vitoria, robando y plagiando cuanto habían aprendido de él. Esta obra volvió á reproducirse en Ingolstad en 1580, y en Bruselas en 1604.

La preciosa edición del P. Muñoz, en tamaño algo menor que la de Boyero, tiene en sus dos tomos la numeración correlativa comprendiendo el primero 230 páginas, y el segundo hasta 423, con un detallado índice.

El P. Vitoria escribió además estos libros: *El Confesionario* en castellano: *Summa Sacramentorum ecclesiæ*, de la que se hicieron seis ediciones, y dos grandes volúmenes de comentarios y sentencias sobre la Summa de Santo Tomás que no se llegaron á imprimir.

Tan grande era su renombre en aquel tiempo, que en la Corte se le designó de los primeros, para que acudiese al Concilio de Trento y representara en él la ciencia española. Estaba entonces en el último año de su vida, muy enfermo y trabajado, y he aquí la contestacion que dió:

«Al muy alto y muy poderoso Señor el Príncipe nuestro Señor. Para embiar á su Magestad—Muy alto y muy poderoso Sefior. Yo res-
cibi la cedula de vuestra Alteza con otra cedula de su Magestad del
emperador nuestro Señor en que su Magestad me manda que yo vaya
á esta santa conuocacion de concilio que con la gracia de Dios se ha
de tener en Trento demos del seruicio que á su Magestad en este tra-
bajo yo hiciera, que fuera grand buena ventura y consolacion para
my, cierto yo deseara mucho hallarme en esta congregacion donde
tanto seruicio á Dios se spera que se hara y tanto remedio y prouecho
para toda la christiandad pero bendito nuestro Señor por todo yo estoy
mas para caminar para el otro mundo que para ninguna parte de este,
que ha va año que no me puedo menear vn solo paso, y con grand
trabajo me pueden mudar de vn lugar á otro y vengo de quince á
quince dias á llegar á punto que por ningund arte me pueden mudar
y he estado seys meses como crucificado en vna cama Ciento yo no
dexara esta jornada por respecto de ningund trabajo, sy alguna forma
se pudiera tomar en my yda pero no la ay. Su Magestad y vuestra Al-
teza seran seruidos de amar my escusa y nuestro señor la vida de su
Magestad y la de vuestra Alteza siempre prospere para bien de la
christiandad con acrecentamiento de mayores estados á su seruicio.
—Besa los Reales pies de V. Alteza—Fray Francisco de Vitoria.»

Murió varon tan eminente en Agosto de 1546, dejando á inmensa
altura su nombre como catedrático, entre todas las escuelas y Academias
de Europa. Raro es el escritor de teología, de jurisprudencia, de
historia y de filosofía, que, habiendo dado á luz algun trabajo en los
siglos XVI y XVII, no le cita con grandes alabanzas. Entre ellos están
nuestros paisanos el insigne Obispo D Juan Bernal de Luco y el his-
toriador P. Juan de Marieta.

Tengo la esperanza de que, no tardando, ha de formarse en Vi-
ctoria una Biblioteca pública bascongada y esencialmente alabesa, que
de seguro sera tan rica como curiosa. A ella cederé con gusto estos
ejemplares que poseo, del primero y más glorioso de los catedráticos
vitorianos F. Francisco de Vitoria, así como otras obras de paisanos
nuestros; que si bien hoy son libros viejos, resumen el saber de toda
una época, y constituyen, para los amantes de nuestras glorias, una
brillante ejecutoria del genio de los hijos de la apartada y noble tierra
en que nacimos.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.